

El pensamiento de Arizmendiarrieta en su contexto

Tengo que empezar también esta vez confesando que no me siento muy cómodo hablando de cooperativismo a cooperativistas desde una tribuna. Todo lo que puedo decir lo he aprendido de vosotros. Además no tengo del cooperativismo ninguna experiencia práctica; lo conozco sólo de papeles y libros. También lo que pueda decir hoy será sólo teórico. No hablaré de empresas ni de economía, no sé hablar más que de ideas. Si a pesar de todo he aceptado tomar parte en este acto de los Amigos de Arizmendiarrieta, es porque la invitación hecha por José María Larramendi, así como la invitación de Xabier Retegui y García de Andoin a escribir un artículo sobre el pensamiento de Don José María, sólo podía ser entendida por mí como un signo de deferencia y -seguramente también- un reconocimiento tácito por un trabajo que en realidad es de hace bastante tiempo. Hay gente que todavía me agradece el libro "El hombre cooperativo", y me suele alegrar mucho.

Yo a mi vez me siento agradecido por la oportunidad que se me brindó entonces de estudiar y conocer a Arizmendiarrieta y su obra. (Ormaetxea, Gorroño, Erdozia, eskerrik asko). Para mí fue una revelación. Vosotros llevasteis sus ideas a la práctica, yo sólo las llevé al papel. -- Sinceramente gracias por la invitación, y comprended si siento algo como un poco de pudor sabiendo que no puedo hacer otra cosa que repetir unas ideas que serán todo menos nuevas para vosotros, y no son mías, sino de Arizmendiarrieta, y vosotros las conoceis de sobra.

En fin, me perdono a mi mismo pensando que no he venido a enseñaros nada, sino a recordar, y a meditar un poco en voz alta. Al fin y al cabo todos recordamos que también Don José María repetía y repetía sin cansancio las ideas fundamentales de su ideario hasta el aburrimiento. Así que seguiremos su ejemplo.

Y para aburrirnos un poco menos oyendo ideas abstractas y centrar la atención, empezaré con algunas preguntas, que serán como una guía para seguir el hilo de esta conferencia como si fuera una clase:

- ¿algunos perros, no tienen una personalidad muy marcada? (No espero ninguna respuesta, pero sí que cada uno piense para sí un momento una respuesta posible) ¿dónde empieza la personalidad?

- ¿cómo se entienden estas dos frases: en una cooperativa el individuo no tiene importancia; en la cooperativa la persona tiene una importancia esencial.

Nos encontramos en medio de una crisis mundial, y también crisis del cooperativismo de Arrasate (citemos a Fagor). En tiempos de crisis, se dice, conviene hacer una pausa y volver la mirada a las fuentes: al espíritu de los orígenes. La fuente espiritual de vuestro cooperativismo es el pensamiento de Arizmendiarieta. Yo creo que este pensamiento está bastante bien recogido en el libro “El Hombre Cooperativo”. Admito que es un tocho bastante pesado para la lectura.

Posteriormente hay una exposición resumida y pedagógicamente muy lograda de su pensamiento en el libro “Lankidetzaren Arizmendiarrietaren eraldaketa proiektua” de Lanki, realizada en equipo –o sea, cooperativamente- por Nerea Agirre, Eunatze Elio, Oihana Garcia, Ainara Udaondo, Joseba Azkarraga y Jon Sarasua. ---- Los tiempos de crisis son buenos también para la reflexión crítica. Yo mismo no me siento autorizado a hacer ninguna crítica desde fuera de la barrera. Pero hay también un estudio autocrítico interesante de Oihana Garcia Insausti: “Partehartzea enpresan. Begiratu historikoa, begiratu kritikoa eta lankidetzaren begiraturia”, también obra del Instituto Lanki.

En Alemania he podido leer en la revista “Contraste” de diciembre pasado una entrevista muy interesante con Ainara Udaondo y Frederick Freundlich, de Mondragon Unibertsitatea, con una reflexión seria y profunda sobre la crisis y el cooperativismo. Y me alegro de que exista esta reflexión crítica, constructiva, siempre necesaria, y ahora con más urgencia.

Volvamos, pues, al trabajo de siembra de ideas fundamentales de un humilde coadjutor de la parroquia de San Juan en la árida posguerra, un poco como homenaje a su memoria, un poco como meditación para nosotros. Mi tema será:

- 1º Cuál es el núcleo, el meollo del pensamiento de Don José María?
- 2º en qué se diferencia de otras tradiciones filosóficas?

Sí, filosóficas. A Arizmendiarieta se le puede mirar desde distintas perspectivas, y cada una de ellas revela un Don José María diferente, porque realmente ha sido un personaje de muchas facetas y matices: se le puede considerar a la luz de las tradiciones políticas y sociales vascas, a la luz de la fe y de su vocación sacerdotal, del movimiento obrero europeo, de la doctrina social cristiana, de la filosofía. Yo sigo subrayando un aspecto que parece no tenerse mucho en cuenta: la importancia de Arizmendiarieta

como pensador, como filósofo. Porque su pensamiento tiene un fondo filosófico muy sólido, que no siempre está explicitado. En esta conferencia voy a tratar de ponerlo de relieve. Vamos a preguntarnos qué hay debajo de algunas ideas que, a fuerza de haberlas oído mil veces, nos parecen tópicos.

Y empezamos con la:

Centralidad de la persona

Lo primero es la persona – lo habéis oído muchísimas veces, es una frase que se repite constantemente en Arizmendiarieta. Primero hay que ser personas, luego vendrá lo de ser cooperativistas. Las personas son el fundamento de las cooperativas. Si las personas no funcionan las cooperativas no funcionarán, etc., etc. Todo el esfuerzo del coadjutor Don José María ha ido dirigido a hacer de los jóvenes de Mondragón personas, no a hacer cooperativistas. Eso ha venido más tarde y como por sí mismo.

La idea de persona incluye la idea de comunidad: nacemos en una comunidad, nos hacemos personas en una comunidad, etc. Ya lo conocéis. También aquí es sólo una consecuencia: organizaremos el trabajo como una comunidad de trabajo, etc.

Arizmendiarieta resalta siempre la centralidad de la persona, pero su discurso parece a veces muy abstracto, lejano. Entendemos sus palabras, pero entendemos de verdad su mensaje?

Algunas cosas no las entendemos, porque las entendemos demasiado fácilmente. Qué es esa persona a la que Arizmendiarieta le da tanta importancia, y en qué radica su importancia? Porque hay peligro de que, de tanto repetir, lo oigamos como se oye llover. Por otra parte, todos vemos que ninguno de nosotros es muy importante. Todos podemos ser sustituidos, y si nosotros faltamos no pasa nada. El mundo seguirá igual, el cooperativismo también. Por tanto, qué decimos, cuando decimos que lo esencial es la persona.

Vamos a distinguir el nivel teórico-filosófico y el nivel práctico-social. Arizmendiarieta tiene siempre en cuenta los dos niveles.

Muchas veces confundimos los dos conceptos, pero individuo y persona no es lo mismo. Un ejemplo puede ayudarnos a clarificar la diferencia: anoche me he emborrachado y le he dado fuego a la casa; la mujer y los hijos han muerto calcinados. Hay un hecho, que ha sido como efecto de una acción; por tanto hay un sujeto material del hecho, y ese soy yo (individuo). Pero

ese sujeto completamente ebrio no era dueño de sí mismo, por tanto no es responsable de lo sucedido, e. d., no soy sujeto moral (persona).

Y ahora recuerden la pregunta: tiene personalidad un perro? Si por personalidad entendemos carácter, como se hace muchas veces, seguramente sí; en cuanto responsabilidad, no: un perro no tiene responsabilidad. Yo en cuanto sujeto moral o persona soy algo enteramente distinto de todo lo demás en el mundo material. En el mundo hay causas y efectos, no hay intenciones, finalidades.

El mundo no es moral – el sujeto moral no pertenece al mundo, podríamos decir. No soy una cosa, no soy un objeto: en cuanto persona soy siempre sujeto. Y ahora viene la dificultad: si no soy objeto, sino sólo sujeto siempre, no se puede definir qué es la persona, porque definirla significa convertirla en objeto. Yo puedo definir a Juan: hijo de X, de tal calle, trabajador de Z. Así defino a un individuo entre individuos, de la persona de Juan no llego a decir más que datos sensibles. De ahí viene el escollo: qué es ser persona, sólo se puede decir por rodeos, aproximaciones, no se puede decir directamente.

El sujeto moral, que tiene impreso en su conciencia el imperativo categórico –dice Kant-, sólo puede ser reconocido y respetado. Transciende la experiencia sensible (la experiencia que me muestra tu rostro, tu cuerpo, tu vida exterior). No puede ser comparado a ningún otro ser en el mundo. A diferencia de todo lo demás, que tiene precio –dice Kant-, él sólo tiene dignidad. Como individuo puedo tener más o menos precio, más o menos valor; como persona, no: sólo tengo dignidad, una absoluta dignidad, igual en todas las personas. Por eso el individuo puede ser tomado y pagado como instrumento para un fin (por ej. económico, o militar); la persona es siempre fin en sí mismo, no es nunca un instrumento para otros fines del Estado, de la empresa o de quien sea.

Con estas expresiones un tanto nebulosas Kant trata de expresar que el hombre y la mujer, por un lado, en cuanto individuos que tienen sus instintos, tienen que comer y beber, dormir, etc., son parte de la naturaleza; por otro lado, en cuanto sujeto moral, no pertenecen al orden de los fenómenos naturales. Pertenecen al orden del espíritu, son espíritu, ha dicho el filósofo personalista Max Scheler.

(En expresión de Kant el ser humano pertenece a dos reinos distintos: al reino de la causalidad natural y al reino de los fines morales, e. d., al reino de la necesidad y al reino de la libertad).

Las grandes filosofías tradicionales han elaborado sistemas metafísicos: Platón, Aristóteles; en la modernidad Descartes, Spinoza...; luego filosofías de la historia: Hegel, Marx. En cambio buena parte de las filosofías en torno a las dos Guerras Mundiales –la fenomenología, el existencialismo, el personalismo- y también buena parte de la literatura de esa época, se han centrado en el problema del hombre, de la persona, y se han esforzado en mostrar cómo podemos descubrir y vivir en la experiencia propia inmediata lo que no podemos decir a través de conceptos. Descubrimos a la persona en el trato, escribe Gabriel Marcel. Descubrimos a alguien como persona cuando entramos en comunidad con él: en el diálogo, en el respeto, en la aceptación de él como algo único. Para servirnos otra vez de un ejemplo: un “método” privilegiado para descubrir qué es ser persona puede servirnos el proceso de enamoramiento.

Ahí alguien pasa de ser considerado individuo a ser reconocido y valorado como persona. En nuestro entorno se mueven miles de individuos; a muchos de ellos los conocemos de algún modo; pero cuando amamos a alguien, éste deja de ser alguien. Deja de ser uno más para convertirse en alguien como ningún otro, único. Descubrimos su dignidad, su misterio, sentimos respeto; debajo del individuo que aparece a la vista, el amor nos deja ver que posee una realidad completamente original, no reducible a conceptos prefabricados. Y esta transformación del individuo en persona va también transformándonos a nosotros mismos.

La novela de Txillardegi “Leturiaren egunkari ezkutua” es una novela existencialista, pero puede ser leída como la fenomenología del proceso de cómo una chica desconocida que un buen día vemos casualmente en un parque, luego la conocemos, trabajamos amistad, nos enamoramos, etc., vamos transformándonos de individuos comunes en personas casi sagradas. La novela de Txillardegi es de 1957; quiero decir que, en la época de los comienzos del cooperativismo, cuando Arizmendiarrieta desarrolla su pensamiento, estas ideas estaban muy presentes en Europa y también entre nosotros. En una entrevista Txillardegi recordó entre los autores que habían tenido influencia en él precisamente a Gabriel Marcel, a quien he citado hace poco. Así quedan aquí citados los dos juntos en el tema de la persona.

En definitiva, lo que constituye a la persona es el misterio de su intimidad única: la conciencia, entendida en toda su riqueza. No sólo la conciencia moral, sino también la conciencia estética, la conciencia mítica o religiosa, la conciencia de la verdad, origen de la ciencia; o sea, todo lo que es más específicamente humano, lo que nos distingue como humanos. Que incluye la conciencia social, la conciencia de la comunidad. Y con esto pasamos del nivel teórico-filosófico al nivel práctico-social del significado de

la persona. A este nivel persona equivale a libertad, responsabilidad, madurez, solidaridad, etc.; como recordáis, exactamente las cualidades con que Arizmendiarrieta describe al cooperativista. “La clave está en la conciencia de cada sujeto”, son palabras suyas. Pero la conciencia hay que desarrollarla, trabajarla, educarla. Desarrollar la conciencia –en todos los sentidos- es desarrollar la persona. Y en la práctica la conciencia se desarrolla aprendiendo a descubrir en los individuos que nos rodean la persona, a respetar su dignidad, a conquistar todos juntos y darnos mutuamente la libertad, el apoyo; creando entre todos una comunidad libre y dueña de su trabajo, de su destino, comunidad de personas, no solamente de individuos. Bueno, todo esto vosotros lo habéis oído mil veces de Arizmendiarrieta, no necesito extenderme ahora. En resumen: nos hacemos personas creando un orden nuevo - de personas para personas.

Orden nuevo: otro concepto de Don José María que oímos como quien oye llover, y en todo caso hoy ha perdido ya seguramente su referente concreto. Sin embargo, para Arizmendiarrieta tenía un significado preciso que conviene recuperar. Orden nuevo puede ser un concepto equívoco: lo han utilizado los fascistas, los Papas, los comunistas. Orden nuevo quiere decir negación y superación del capitalismo. “L’Ordine Nuovo” se llamaba el periódico socialista revolucionario de Gramsci y Togliatti en Turín, luego diario, en 1921 órgano del Partido Comunista Italiano. La idea de Gramsci era formar consejos obreros en las fábricas que fueran instrumentos para la auto organización y autogestión de los trabajadores, base de una democracia proletaria.

La idea del Orden nuevo de Arizmendiarrieta es exactamente esa, aunque en la práctica sea luego bien distinta: es la idea de la autogestión y de la democracia proletaria, y de la creación –a través de ello- de una sociedad nueva. Sólo que él, y esta diferencia es decisiva, no deja esa responsabilidad en manos de un comité, o de un Partido o unos líderes, sino que lo confía a la conciencia y responsabilidad de todos y cada uno, a la comunidad de trabajadores como tal. Citando otra vez palabras suyas: “La clave de nuestro porvenir, la potencia en la que deberá asentarse un orden humano al margen de imposiciones extrañas, son las conciencias”. Arizmendiarrieta es revolucionario, pero no es comunista (leninista); o viceversa, no es comunista, pero si es revolucionario. El confía en la persona y en la conciencia, no en el Partido. “El hombre es la base de todo –son otra vez palabras suyas-; cual sea el hombre así será la sociedad”.

Pasamos al siguiente punto.

Del origen de los valores

Bien, ya soy una persona. Pero como persona puedo ser un santo, y puedo ser un canalla. ¿De dónde viene la diferencia?

La conciencia no es un instinto, tiene que ser desarrollada. Y se desarrolla por la educación. Ahora bien, la formación de la conciencia, por tanto de la persona, variará completamente según se guíe por unos valores o por otros: por el bien de la comunidad, la solidaridad, o por el bien individual propio, el interés egoísta. Eso es bastante claro. Pero aquí surge otra vez una pregunta, aunque generalmente preferimos no hacerla. El mundo, la naturaleza - los pájaros, los lobos- no tienen valores. Por tanto, ¿de dónde vienen estos valores que encontramos en la historia humana? ¿Quién los ha puesto ahí? Hay muchos intentos de explicación, y todos ellos se pueden clasificar en dos tendencias: una es que los valores los pone e impone la fuerza, el poder; y la otra es que los valores los crea cooperativamente la comunidad.

En la construcción teórica de Thomas Hobbes (en el s. XVII, o sea, en los comienzos de la modernidad), en los orígenes, en el estado natural de la humanidad no hay ningún orden establecido; cada individuo es dueño entero de sí mismo, y el mundo pertenece a todos por igual. La libertad es total, que es igual a decir el caos es total. Como todo pertenece a todos, todos son libres de competir a todos el goce de cualquier bien. En esta competencia habrá más fuertes y menos fuertes, pero cualquiera tiene el poder supremo de matar en cualquier momento al contricante. Así no hay seguridad de vida en ningún momento. Como la seguridad de vida es el mayor interés de todos, todos llegan a un acuerdo para renunciar todos a su libertad original, y dejar toda la libertad, e. d., todo el derecho en manos de una institución, que es el Estado.

El Estado debe proteger la vida y garantizar un orden en el que cada uno tenga acceso a los bienes necesarios para la vida. El hombre en estado natural es un lobo – “homo homini lupus”. La sociedad moralmente estructurada es artificial, no es natural. Es obra del Estado. Y es el Estado el que ha impuesto los valores y la moral que deben regir la vida en sociedad.

Este esquema –el de la imposición como origen de los valores-, es también el que muchas veces sigue la Iglesia (Dios, o la Iglesia misma, impone unos valores, que están ahí, por encima de nosotros, y no tenemos otra cosa que hacer que someternos a ellos), y en filosofía ha sido desarrollado de distintas formas en distintas escuelas de los siglos XIX y XX, y también hoy. Para Marx los valores no representan otra cosa que la

defensa de los intereses de la clase dominante. Son un medio de tener alienado y atado –atado a su falsa conciencia- a la clase trabajadora. En el Manifiesto Comunista hay frases estupendas acusando la moral, la religión, etc., como prejuicios impuestos por la burguesía para asegurar su dominación. Más cerca de nosotros, Sartre ha rechazado igualmente los valores de lo que llama moral burguesa (y también el valor Dios) porque significan la negación de la libertad de cada uno. Con Darwin y el darwinismo la idea de la imposición ha adquirido una carga especial: el hombre tiene su origen en la naturaleza –en el animal-, y los valores que decimos cristianos –amor al prójimo, solidaridad, etc.- serían imposiciones antinaturales de las Iglesias. La naturaleza quiere el triunfo de la vida, sea del individuo o de la raza. Para Nietzsche los valores morales son la negación de la naturaleza humana a favor de un aparente espíritu que es también la negación del hombre real. Para Freud el origen de los valores es la represión que la sociedad impone al individuo del instinto erótico y de la agresividad natural. El orden de la civilización ha sido posible gracias a la neurosis colectiva así impuesta. O sea, sólo sacrificando la felicidad individual es posible la felicidad colectiva. Las diversas Filosofías de la Vida –Ortega y Gasset entran aquí en buena medida- propondrán el rechazo de todos los valores sociales colectivos, para que cada individuo cree sus propios valores, libre de cadenas morales.

En filosofía, en literatura, estos últimos dos siglos abunda el rechazo de toda moral habida hasta ahora, y las propuestas de una moralidad completamente nueva que libere al individuo de las viejas ataduras. Se puede citar otra vez el ejemplo de una novela en euskara, “Haur besoetako” de Jon Mirande (un caso de pedofilia como antítesis del hombre de verdad, libre de prejuicios y coerciones sociales, frente a una sociedad que incluso en el amor se somete a las convenciones).

En todas estas críticas –en Marx, en Nietzsche, en Freud- hay muchísimo de verdad. Conviene tener presentes estas alternativas irritadas, toda esta atmósfera, para entender hoy bien el lugar de Arizmendiarieta y valorar el interés de su posicionamiento. Para tener claro dónde estamos, hay que tener claro dónde no estamos. En apariencia Arizmendiarieta no nos parece tan “moderno”; su discurso empalma, sin rupturas, con la tradición. Pero, dejando las apariencias, su pensamiento se sitúa en una línea filosófico-antropológica que en nada es menos moderna que las citadas. Todas responden al mismo reto.

Arizmendiarieta es personalista. El personalismo es una corriente filosófica contemporánea, mayormente del siglo XX, que se divide a su vez en diversas escuelas en Europa y en los EE. UU. Lo mismo que las tendencias citadas más arriba, el personalismo responde a la catástrofe social y moral

que ha causado la era industrial arrancando a los hombres y mujeres de su medio natural para amontonarlos en los centros fabriles. Como han descrito muy bien Marx y Engels, donde la burguesía ha llegado al poder ésta ha destrozado los lazos familiares, las tradicionales relaciones patriarcales y feudales, ha reducido las relaciones humanas a relaciones pecuniarias, la emoción religiosa a cálculo económico, la libertad de espíritu a libertad de mercado, etc. En el capitalismo el hombre ya no es persona, apenas es siquiera individuo, ha quedado reducido a mero apéndice de la máquina. La película de Chaplin, “Tiempos Modernos”, lo expresa plásticamente.

En esta debacle de los valores humanos, el personalismo no pretende inventar una moral completamente nueva, sino poner fundamentos nuevos en medio de las ruinas de los valores tradicionales, sin romper con la historia y la tradición. La experiencia del siglo XX nos permite no tener ya demasiadas esperanzas en aquellas fantásticas morales completamente nuevas. La historia no se supera negándola.

Frente a la masificación y el amontonamiento de hombres y mujeres en la era industrial, las escuelas citadas reivindican al individuo contra la sociedad. Para el personalismo individuo y sociedad no deben ser pensados en mutua oposición (salvo en casos patológicos), sino en colaboración mutua, que es lo que constituye a la persona. Nacemos en una comunidad, en comunidad alcanzamos la madurez como personas, etc. Nos hace la comunidad, nosotros hacemos la comunidad. Persona y sociedad se hacen mutuamente en proceso circular. Y ahora, atención: esta voluntad de cooperar en la construcción de la una comunidad es el origen de los valores. Repito: no es la imposición de un poder tiránico de arriba, sino la voluntad de cooperar de la gente en la creación de una comunidad la que inspira los valores, partiendo de los valores más elementales: no hagas lo que no quieres que otros te hagan a ti; haz a otros lo que quisieras que ellos te hagan a ti; no seas arrogante, sino humilde, con los compañeros, etc. Valores que deseamos que rijan la convivencia, que decidan las relaciones de trabajo, la educación, la política, toda la vida comunitaria. Es cooperando, y para regir la cooperación, como se crean y aceptan los valores. La expansión de la cooperación equivale a expansión de la comunidad; profundizar en la cooperación significa dar solidez a los valores. El fin de este proceso circular es siempre la creación de y el servicio a la comunidad; su nueva creación. No es la satisfacción de los intereses individuales por encima de o contra la comunidad. Y luego, el fin de la comunidad es la creación y el servicio a la persona, libre, madura, dispuesta a servir a la comunidad sin ser su esclava.

Así, pues, unas últimas palabras sobre la formación de la conciencia cooperativa.

Formación cooperativa

Con esto llegamos al último punto de esta conferencia, y empezamos otra vez con una pregunta. Todos los investigadores subrayan y Arizmendiarieta mismo recuerda que a la creación de las cooperativas ha precedido un período de educación y formación tanto profesional como sobre todo espiritual. La pregunta es: si el hombre es por naturaleza un ser cooperativo, ¿cómo es que necesita educación cooperativa? Un lobo no necesita ir a la escuela para aprender a ser lobo. ¿El espíritu cooperativo es verdaderamente natural al hombre, o es fruto de la educación, religiosa por ejemplo? A esta pregunta ya hemos respondido en alguna medida en otro contexto, diciendo que es natural: el espíritu de cooperación es el origen de la sociedad. Sociedad hay sólo donde hay cooperación. Pero una sociedad se puede estructurar de muchas maneras; por ej., de la manera de la explotación capitalista. Y ahora debemos subrayar lo contrario: un espíritu cooperativo natural sí existe; pero no basta, es muy insuficiente. Sólo asegura la existencia de algún tipo de sociedad.

La cuestión es que hay tipos muy distintos de sociedad. ¿Qué sociedad es la que nosotros queremos?

Frente a la primacía del individuo contra la sociedad, Arizmendiarieta subraya que el hombre es un ser comunitario cooperativo por naturaleza. “No en vano dijo el filósofo [Aristóteles] que el hombre que se basta a sí mismo es algo extraño al mundo humano; hay que catalogarle como Dios o bestia”. La tendencia natural del hombre no es el de buscar la soledad del desierto, ni el de meterse a guerrear “neoliberalmente” contra todo vecino. Al contrario, busca la compañía, compañeros de conversación y de juego, amigos con quienes compartir sus penas y alegrías. “Una cosa puede distinguir al hombre de la bestia en los momentos álgidos del placer y del dolor; es el hecho de o la necesidad que el primero tiene de comunicar con sus semejantes la alegría igual que la tristeza”. El hombre es esencialmente un animal comunicativo: eso lo pone de manifiesto el hecho de que entre todos los animales él es el animal hablante. El lenguaje puede ser y es frecuentemente instrumento de dominación (de ahí la importancia de la prensa y radio y TV al servicio del poder), pero es sobre todo la música de nuestra alma (los sentimientos, los deseos y esperanzas), y es la esencia misma del espíritu de cooperación y solidaridad. “Lo que originariamente nos hace solidarios es la capacidad efectiva de comunicación hacia nuestros semejantes. Por algo es el lenguaje recurso tan valioso de solidaridad. Pensar en voz alta constituye por sí un expediente de socialización, tal vez uno de los bienes más estimables y cotizables de la persona humana”. – En filosofía la última gran moda es la filosofía del lenguaje. El lector de Arizmendiarieta queda sorprendido al encontrar que,

en sus muchas manifestaciones, que pueden parecer trivialidades, en cualquier momento, como quien no hace nada, esta desarrollando una filosofía del lenguaje. Pero ahora nos interesa más la filosofía de la historia.

El concepto del hombre cooperativo de Arizmendiarieta incluye, 1. un concepto o filosofía de la persona, 2. un concepto de la comunidad, y 3. un concepto o filosofía de la historia.

Lo mismo que la existencia diaria, Arizmendiarieta entiende la historia del hombre como obra de la cooperación. La historia que se aprende en la escuela (sobre todo en los tiempos de Arizmendiarieta) está llena de reyes y batallas y conquistas. Pero el topo que subterráneamente en verdad hace, no deshace, la historia es la cooperación, no las armas. La cooperación no es nada nuevo en la historia, es muy antigua. Desgraciadamente la cooperación ha sido demasiadas veces forzada, obligada, hasta el extremo del trabajo cooperativo de los esclavos en la construcción de las grandes obras, o el trabajo forzado por la pobreza en las industrias modernas. La historia de la cooperación esta llena de violencias y crímenes. Es preciso tener ante los ojos toda esa historia para entender, como contraste, la filosofía de la cooperación de Arizmendiarieta. Puede parecer simple, demasiado simple para encender grandes entusiasmos. Pero es simple porque es fundamental. La historia de la humanidad conocida hasta ahora es la historia de la lucha de clases, ha escrito Marx. El proyecto de Arizmendiarieta es el proyecto de revolucionar la historia; de ponerle nuevos cimientos a la cooperación, por tanto a la historia. La cooperación, para ser cooperación entre personas, tiene que ser cooperación libre. Para ello primero tienen que ser libres las personas mismas.

Arizmendiarieta es personalista. Si él, que por otra parte ha insistido muchísimo en la necesidad de la educación y formación del espíritu, subraya al mismo tiempo que el espíritu de cooperación es natural, lo que parece una contradicción, hay que preguntarse por qué lo hace. Por qué subraya los dos aspectos que parecen negarse el uno al otro. Es necesario buscar esa razón para entender el fondo de su filosofía de la cooperación. Porque sin eso no pasa de una predicación piadosa.

Vosotros habéis visto seguramente los programas de TV de las costumbres de los animales. Hoy hay una abundante producción literaria, científica, de documentales televisivos, que dan a entender que lo más positivo para la evolución y el progreso en el reino animal –y por ende, en el humano- es la lucha por la vida, la competencia. En nuestros días esta visión de las cosas no se da sólo en la propaganda solapada, sino que se expone abiertamente también en la ciencia. Por ej., el libro “El gene egoista” de Richard Dawkins ha tenido un éxito inmenso, donde se defiende que la ley biológica básica,

el imperativo de los genes, es el egoísmo, la lucha por la expansión del mayor espacio posible para asegurar la supervivencia y el triunfo. Muchos críticos han señalado que eso no es otra cosa que trasladar las leyes del mercado al campo de la biología, tratando así, a la inversa, de justificar con la biología las leyes salvajes del neoliberalismo. Como hemos dicho esta es una de las tendencias dominantes en el pensamiento moderno. Tenemos que entender a Arizmendiarieta precisamente como un rechazo radical de toda esa línea. Pero una filosofía sólo se rechaza con otra filosofía, y eso nos da una pista para entender la riqueza del concepto de cooperación en Don José María. Para Arizmendiarieta la cooperación tiene sus bases:

1. en la naturaleza humana
2. en la historia (por ej., en la tradición del auzolan de los caseríos vascos, del socialismo eibarrés)
3. en la religión (cristiana)
4. en la educación mutua. Y ahora tengo que limitarme sólo a la cuarta.

Cuando leemos los textos de Arizmendiarieta encontramos que el espíritu cooperativo tiene exigencias morales que a veces son realmente duras, pero no antinaturales. “El hombre no necesita anular sus pasiones, sino domesticarlas. El hombre no debe dejar de lado sus aspiraciones de superación, sino disciplinarlas y jerarquizarlas”. “Uno no nace cooperativista, porque ser cooperativista requiere una madurez social, un adiestramiento de convivencia social. Para que uno sea auténtico cooperativista, capaz de cooperar, es preciso que haya aprendido a domesticar sus instintos individualistas o egoístas y sepa plegarse a las leyes de la Cooperación”. La naturaleza no tiene que ser encadenada, pero sí trabajada. Una frase que gustaba de repetir era que el hombre no nace, sino que se hace; y se hace por la educación – por la educación mutua, porque el período de educación no se reduce a los años de escuela. La vida es la escuela donde todos somos a la vez maestros y alumnos los unos de los otros.

Para terminar: Arizmendiarieta ha pedido a los cooperativistas austeridad, disciplina, solidaridad generosa, idealismo. No para ahogar la naturaleza, sino para darle fuerza nueva y doblada, actuando siempre en comunidad – cooperación- y no a solas o unos contra otros. Segundo: dicho así puede resultar un tanto raro, pero tener conciencia cooperativa quiere decir tener una filosofía de la historia. Quiere decir que tenemos que ir aprendiendo a considerar la historia humana (el trabajo, la economía, la política) desde la perspectiva propia del pensamiento cooperativista. Conciencia de que, con el trabajo, estamos haciendo historia. Y acabo con una cita más:

“Conciencia de libertad..., conciencia de justicia social..., conciencia de desarrollo..., conciencia participativa”. Ser cooperativista tiene que ser un modo propio de ser persona; es decir, un modo original de estar en el

mundo, de sentirse responsable del mundo y de la historia.

(Traducción/adaptación del texto original en euskara para la conferencia de la Asamblea General de Arizmendiarrietaren Lagunak (ALE) Arrasate 2014-05-14).